

LOS SECRETOS DEL CÓNCLAVE



las intrigas de los cardenales desveladas
en un documento inédito del abate
ATTO MELANI, castrato y espía del Rey Sol

edición a cargo de
Monaldi & Sorti



Atto Melani (Pistoia, 1626-París, 1714) fue uno de los más grandes castrati: su canto fue alabado por La Fontaine, y la reina de Francia no se iba a dormir si no lo oía cantar un aria. El cardenal Mazzarino lo inició en las artes del espionaje, que Atto pronto desplegó en las dife-

rentes cortes que frecuentaba con ocasión de sus recitales. Se convirtió en consejero y amigo de cardenales, príncipes, soberanos y pontífices. Para complacer a Luis XIV, a quien servía, consiguió que eligieran Papa a un cardenal amigo. Desde entonces fue la mano oculta del Rey Sol en Roma durante las elecciones papales: nadie conocía mejor que él los trucos y artimañas de los cónclaves. Como todos los buenos espías, sirvió a demasiados patronos. Traicionó y fue traicionado, subió los escalones del éxito y más tarde cayó, ganó muchas batallas y perdió otras tantas. Murió, el más longevo entre los castrati de todos los tiempos, con ochenta y ocho años.

LOS SECRETOS DEL CÓNCLAVE



las intrigas de los cardenales
en las elecciones de los papas
desveladas por el abate

ATTO MELANI

castrato y espía del REY SOL

edición a cargo de
Monaldi & Sorti



salamandra

Al Rey

Sire:

Dos razones me llevan a presentar estas memorias.

La primera es el deseo, antes de que terminen mis días, de que Vuestra Majestad sea informada de muchos hechos que conciernen a la corte pontificia y que tal vez nadie se haya tomado aún la libertad de contaros.

La segunda es la urgencia de hacer saber a Vuestra Majestad que Vos en persona debéis elegir en el seno del Sagrado Colegio un buen súbdito de Francia, capaz de defender los intereses de la Santa Sede y de mantener la paz que Vos habéis traído recientemente a toda Europa.

Si estas consideraciones merecen Vuestra aprobación, podré sentirme recompensado; he intentado abstenerme de cualquier prejuicio, y estimo todo lo que vais a leer sumamente importante para Vuestro servicio.

Me ha guiado el deseo de verdad, que al mismo tiempo da testimonio de la indisoluble devoción que profesaré eternamente a Vuestra Sacra Persona, y el profundo respeto con que siempre me consideraré, Sire, el humildísimo, fidelísimo, obedientísimo y apasionadísimo servidor de Vuestra Majestad.

*Abate Melani
París, año 1700*

Primera Parte



Les Prelats Examinent le Viande qu'on porte aux Cardinaux.

Los prelados examinan la comida que llevan a los cardenales.

1.

La corte pontificia

La corte pontificia de Roma está dotada de grandes medios e infinitos recursos; el pretexto de la religión le garantiza un enorme poder sobre los espíritus débiles, plebeyos y devotos.

2.

Jamás infravalorar a Roma
y adularla siempre

Es muy peligroso despreciar a la corte pontificia o no tenerla en justa consideración; las hostilidades de los papas y los perjurios de los nuncios han provocado guerras que han asolado Europa entera.

3.

*La corte pontificia es más poderosa
que todos los demás reinos del mundo*

Dicha corte está al corriente de todos los secretos e intrigas de las otras cortes. A diferencia de los demás soberanos, de hecho, el Papa tiene la ventaja de poseer diseminados por todo el globo terráqueo un número elevadísimo de prelados, eclesiásticos, jefes y superiores de órdenes religiosas, todos conectados constantemente entre sí y con los padres generales y los nuncios. Y todos proporcionan información a Roma, incluidos los secretos más ocultos de las familias reinantes.

Por tanto, no es difícil comprender por qué la corte pontificia es tan poderosa y temible.

Ningún soberano debería despreciarla jamás, más bien debería dedicarle mucho dinero. Si no se desea engatusarla propiamente, conviene al menos tratarla con prudencia y cultivar su amistad. De esa manera se estará protegido, si no de otra cosa, al menos de todos los males de que es capaz: incluso cuando parece tranqui-

la e inerte, es el lugar en que hay más intrigas y turbulencias de todo el universo.

4.

Comportamiento necesario
para resultar gratos al Papa

El embajador que llega destinado a la Santa Sede deberá dirigirse al Pontífice siempre con la sonrisa en los labios y, tras haber manifestado enorme alegría por su salud (a los papas no hay nada que les guste más), deberá confiarse a Su Santidad con maneras dulces y que insinúen que se siente a veces más cercano a su visión de las cosas que a la de su soberano.

Día a día, el Papa irá tomando confianza con el embajador, y las relaciones con la corte pontificia no harán sino mejorar. El soberano obtendrá las mayores satisfacciones y evitará todas aquellas desagradables negociaciones que comienzan con el rechazo de las audiencias por parte del Pontífice y terminan con enfrentamientos encarnizados.

Comportamientos que conviene evitar

Para poder negociar en Roma son necesarias moderación, complacencia, flema y capacidad de discernimiento. La volubilidad, y aún más el desprecio, hieren profundamente a la Santa Sede. Quien promete y no mantiene, es llamado en Roma *parabolano*, es decir, hablanchín.

Conviene, por tanto, hacer una religión de cumplir todo lo que se promete a la corte pontificia. De otro modo, si se siente ultrajado, el Papa desfogará seguramente su ira. Y él está siempre al corriente de todo: por consiguiente, puede vengarse como le plazca sin miedo a reacción alguna.

Cuando se llega a dicho punto, las cosas podrían malograrse rápidamente: hay nuncios que, si el Papa tiene roces con algún soberano, secundan su resentimiento y le refieren el contrario de lo que se les dice.

Un ejemplo reciente sería el cardenal Ranucci, nuncio en Francia, que manipulaba casi

siempre la información destinada al papa Inocencio XI. Tanto es así que Vuestra Majestad, para hacerle comprender que lo había descubierto todo, lo obligó a repetir públicamente todo lo que le había dicho en privado.

Los franceses, por su parte, deben moderarse y liberarse de la eterna sospecha hacia todo aquello que no sea francés.

Sólo en los cónclaves es legítimo desconfiar de todo y de todos, incluso de aquellos que se sitúan de nuestra parte.

En el cónclave no hay nadie que no tenga en mente un Papa al que designar, y que no esté preparado para sacrificarlo todo por la ambición, el interés y la venganza.

6.

Dar palabras pero no la palabra

Durante el cónclave, de hecho, el método de la corte pontificia nunca cambia. Si trata con extranjeros, o con quien se deja engañar fácilmente-

te, no hay arte o astucia que no utilice para mostrar buena voluntad, cuando en realidad está maquinando lo contrario. En Roma esta forma de actuar se llama «dar palabras pero no la palabra».

7.

De los papas elegidos por error

El método habitualmente seguido en los cónclaves es el siguiente: escrutinio tras escrutinio las facciones se reparten los votos, hasta que se llega a un acuerdo sobre el candidato que hay que elegir.

Pero puede suceder que se cometa una equivocación fatal: votar a un cardenal de otra facción sólo para complacerlo, o para secundar las peticiones de amigos, creyendo erróneamente que pocos más lo votarán. En muchos casos ha ocurrido que, sin querer, ha acabado como Papa.

• • •

Diferencia entre los cónclaves
de antaño y los de hoy

Hubo una época en que los cardenales y los embajadores disponían de una gran ventaja. El Sagrado Colegio estaba dividido en numerosas facciones, y cada una tenía un jefe; observando sus intereses e inclinaciones, las coronas podían intuir con bastante claridad quién iba a ser elegido Papa y con quién convenía aliarse. De ese modo, los cónclaves duraban poco y eran bastante sencillos. No sólo eso: se evitaba además el resentimiento de los vetos manifiestos, impuestos por esta o aquella corona a la elección de este o aquel cardenal, y no se estropeaban las relaciones con candidatos que inmediatamente después podrían resultar útiles. Por último, se eludían los rencores del pueblo o de los ciudadanos individuales.

Hoy, en cambio, el cónclave está condenado a ser largo, difícil y plagado de vetos manifiestos.

De hecho, ningún cardenal está dispuesto a renunciar a la elección. Y dado que hoy en día existe una multitud de ellos sin jefe de facción, no hay más remedio que pedirle a cada uno el voto a favor de algún otro, y entonces acaban por ofenderse: en realidad no existe cardenal que no se considere capaz de gobernar la Iglesia mejor que los demás.

9.

Truco para elegir rápidamente a un Papa

Cuando nos las habemos con la elección de un Papa, conviene afilar el razonamiento como nunca.

Para evitar sorpresas o cónclaves interminables, es necesario ponerse de acuerdo sobre el nombre del futuro Pontífice, que se decide en secreto y entre muy pocas personas: embajadores y cardenales jefes de facción. Una vez decididos a elegir a uno u otro sujeto, se procede sin dilación. Si la cosa se conduce con la

rapidez requerida, ningún cardenal independiente osa oponerse.

Funciona así: con la máxima naturalidad se comunica a todos los cardenales que el nuevo Pontífice está a punto de ser conducido a la Capilla del Cónclave. En dicho momento, el maestro de ceremonias da la señal con la campana, y los cardenales se dirigen hacia la capilla, todos en fila uno detrás de otro, cual rebaño de ovejas. Como creen que las fichas ya se han movido, se preguntan unos a otros quién habrá sido el elegido, e inician la carrera por identificar al nuevo Papa a fin de ser los primeros en felicitarlo y precipitarse a pedirle alguna gracia.

Con este sistema, las elecciones tienen lugar con orden y sin excesivos escándalos.

Cuando, en cambio, la elección depende de los estados de ánimo y los intereses de una multitud demasiado amplia, el capricho acaba por contar más que el razonamiento.

Por este motivo —y no por otros— al final todos creen que el Papa es elegido por el Espíritu Santo, más que por los hombres.

10.

En los cónclaves la primera arma
es la denigración del adversario

Hay que tener en cuenta que los aspirantes al pontificado son siempre demasiados. Las familias, los amigos y los partidarios de cada cardenal buscan antes que nada destruir la reputación de los otros candidatos.

Queda, por tanto, a la prudencia del rey y sus embajadores mantenerse alerta y no dar siempre crédito a las insinuaciones que se les hacen.

11.

Carácter particular y peligroso de muchos
cardenales que aspiran al pontificado

Quien, encontrándose en condiciones de inferioridad, se muestra rígido, obstinado y agresivo, aún lo será más cuando, una vez elegido Papa, no tenga nada que perder o temer.

Es tarea de los embajadores desenmascarar a tales individuos e informar a sus soberanos. Y precisamente porque han podido ver en persona, cuando han tratado con cardenales y prelados con cargo, de lo que éstos serían capaces si ocuparan el grado más alto.

Así pues, los embajadores serán responsables ante Dios y los hombres si, por complacencia o interés personal, no actúan en consecuencia y ponen en riesgo tanto el bien de la Iglesia como el de su soberano.

12.

Criterios en la elección de los papas

El mejor método para elegir un buen candidato es preferir a los que han conocido las cosas mundanas en las cortes de los soberanos, no en la Escuela de Roma, donde se enseña el disimulo, el engaño y la mentira.

De hecho hay una notable diferencia entre los prelados que han estado al cargo de nun-

ciaturas y los que no han cruzado el puente Mollo,¹ cuya insolencia y arrogancia son inimaginables.

Además, para ser buen Papa no basta con haber sido buen obispo. El gobierno de la Iglesia Universal no tiene nada que ver con el de una sola iglesia.

13.

De los prejuicios que se tienen contra los nuncios

No debe creerse que los nuncios desarrollan apego por la corte extranjera que los acoge. ¡Al contrario! Terminan por conocer sobre todo sus defectos, y casi siempre modifican ligeramente la idea previa que se habían formado en Roma. Un ejemplo es el pontificado de Clemente IX:

1. Es decir, el puente Milvio, en el paso del Tíber por el norte de Roma. Para dirigirse a los demás estados europeos había que cruzarlo necesariamente.

había sido nuncio en Madrid durante nueve años, pero como Sumo Pontífice fue uno de los papas más favorables a Francia.

Conviene siempre estar a buenas con los nuncios. Por lo general consiguen llegar al cardenalato, e invariablemente son los primeros consultados sobre los asuntos que conciernen a las naciones a que antes fueron enviados.

Figura entre sus deberes convertirse en persona grata y conquistar la confianza de las cortes en que residen. Son los instrumentos con que se mantiene la amistad y el buen entendimiento entre el Papa y los soberanos.

Cuando los nuncios cumplen con su deber es importante saber apreciar sus virtudes y evitar criticarlos, especialmente si se han revelado tan atentos como para satisfacer la dureza de los alemanes, la flema de los españoles o la volubilidad de los franceses.

• • •

14.

La mejor edad para convertirse en Papa

A los sesenta y cinco años un sujeto papable es aún demasiado joven, independientemente de su salud y temperamento.

Casi todos los papas jóvenes, de hecho, tras sus primeros años de pontificado entran en conflicto con algún estado extranjero.

A fin de cuentas, conviene adular a los candidatos más jóvenes y prometerles ayuda en el futuro, pero preferir siempre a un anciano, a condición de que sea experto y digno. Si tiene fama de persona honesta y honorable, no mancillará su vejez traicionando las promesas.

15.

Defectos de los espíritus débiles

Como es sabido, siempre es mejor tratar con almas elevadas, pues no se detienen demasiado en las minucias y jamás pierden la compostura.

Los mediocres y los débiles, en cambio, todo lo encuentran difícil y tienen miedo de cualquier cosa; con su conducta vacilante siembran el mal allí donde cualquier otro sabría fomentar el bien.

Defenderse de estos últimos es casi imposible; harían bien en encerrarse en un claustro antes que ponerse al servicio de la Iglesia Universal.

16.

Regla infalible para conocer
la naturaleza humana

Encuentros, acuerdos y promesas son bases demasiado frágiles para conocer a un hombre. Conviene basarse en su temperamento y su ingenio.

Todos, con los altibajos de la fortuna, cambian de afectos y sentimientos. Pero nadie cambia de temperamento, ni siquiera cincuenta años después.

Lo mejor, por tanto, es preguntar a los criados del interesado: pajes, camareros y lacayos conocen mejor que nadie sus buenas o malas cualidades.

17.

Criterios para elegir al candidato ideal
para un cargo importante

No debe juzgarse en absoluto lo que convierte a un hombre en digno de un cargo elevado, sino aquello que lo convierte en útil y adecuado para la tarea.

Puede suceder perfectamente que quien menos cercano esté de la santidad conduzca mejor sus deberes que alguien más santo, dado que se verá inducido a comportarse con más doctrina, prudencia, experiencia y habilidad.

• • •

18.

Falsa firmeza que degenera en pertinacia

No siempre la firmeza es una virtud. Si deriva del temperamento, es un defecto. Quien la padece no es adecuado ni para el gobierno ni para los negocios: se revelará seguramente como pertinaz e inflexible, además de carente de discernimiento.

Algunos se muestran tan obstinadamente apegados a sus propias opiniones que preferirían que se hundiera el mundo antes que cambiar de idea.

19.

Auténtica firmeza que nace de la fuerza
y solidez del corazón y el espíritu

Si la firmeza es, en cambio, hija de la sabiduría, experiencia y solidez de juicio, será una de las mejores cualidades que pueda tener un hombre de Estado.

El Papa que posea todas estas virtudes siempre sabrá qué conviene más a su dignidad, así como a los intereses de la Iglesia y la Santa Sede.

20.

Premisa para la elección de los papas

Antes de elegir al candidato ideal debe tenerse presente lo que sigue:

Incluso una elevación de tan alto valor como el pontificado cuenta poco para la mayor parte de los cardenales, ya que la consideran la recompensa natural a sus méritos. Así las cosas, que no se espere gratitud del Papa al que se ha ayudado en su elección.

Es más, la mayoría de los cardenales no es capaz de perdonar ni la más mínima ofensa, por lo que resulta muy fácil caer en desgracia cuando de cardenales se trata. Y no es raro el caso de papas que se convierten en enemigos acérrimos de aquellos que apoyaron su candidatura.

Comportamiento odioso de los embajadores
en la corte pontificia

Cuando se quiere aupar al trono de Pedro a un cardenal amigo, algunos embajadores, so pretexto de prudencia, pretenden que el candidato suscriba compromisos para el futuro. Si se niega, lo consideran poco digno de confianza.

Pero ninguno repara en lo infamante que resulta exigir compromisos a un cardenal antes de elevarlo a la dignidad de Vicario de Cristo.

¿Cuáles pueden ser esos compromisos? Los únicos que interesan son las promesas políticas, orales o escritas. Y hay muy pocos cardenales dispuestos a asumir abiertamente dicha carga.

Y aunque se obtenga de uno de ellos una promesa escrita que establezca todo lo que se compromete a hacer una vez elegido Papa, ¿cómo se le va a obligar a cumplirla? ¿Amenazándolo con hacer público el documento?

Dicha amenaza conllevaría el riesgo de revelar un mercadeo vergonzoso tanto para el que

vende como para el que compra: son bienes que no es lícito vender ni adquirir. Y nos expondría a las iras del nuevo Papa.

22.

Método para obtener espontáneamente todas las gracias del Papa, sin pretender nada

Por el contrario, si uno se compromete a elevar al pontificado a un cardenal sin pretender nada a cambio, se le inducirá a creer que se actúa en su favor sólo por afecto y estima. Una vez elegido Papa, querrá seguramente dar prueba de su reconocimiento. El soberano y sus embajadores, por tanto, deben abstenerse de ejercer presión para obtener favores y limitarse a esperar.

Si, en cambio, el Papa repara en que los votos no le han sido regalados sino vendidos, no podrá evitar el resentimiento. Y será toda una suerte si se conforma sólo con despreciar a sus electores, sin llegar a una auténtica venganza.

Memorable ejemplo de Julio II,
para todos aquellos que pretendan garantías
de un cardenal papable

El ejemplo de Julio II demuestra lo peligroso que resulta vender a un cardenal, al precio de su honor y conciencia, el apoyo para el pontificado.

Cuando aún era cardenal, Julio II creía que los franceses eran sus amigos, y contaba con que lo tuvieran en gran consideración.

¡Cuál no sería su vergüenza y horror cuando cayó en la cuenta de que los franceses en realidad estaban vendiéndole sus votos para el pontificado! Al final cedió al intercambio; pero el cardenal francés de Ruán, que no se fiaba de su palabra, lo obligó a firmar de su puño y letra un documento. No obstante, una vez convertido en Papa, Julio II expulsó a los franceses de toda Italia, empleando tanto las armas como la intriga, y se ocupó de obstaculizar al reino de Francia de todas las maneras posibles. De ese modo consiguió que los franceses perdieran Navarra.

Carácter de los cardenales que quieren ser papas

No existe cardenal que no sueñe con convertirse en Papa.

Los que más meditan sobre ello son los mismos que rechazan la cuestión con fastidio y fingen pensar en cosas completamente distintas.

Jamás hay que fiarse de hombres tales. Son presuntuosos y testarudos, y destacan por su ambición y vanidad. Una vez elevados al trono de Pedro, no soportan sentirse en deuda con nadie. Intentan esconder su ineficacia con una devoción aparente y son incapaces de gobernar la Iglesia, que tiene necesidad de espíritus más nobles, abiertos e iluminados.

Un buen ejemplo de ello es el cardenal Benedetto Odescalchi. Desde su promoción a cardenal aparentó no interesarse en absoluto por la posibilidad de convertirse en Vicario de Cristo. Y a la postre, sin haber ocupado jamás cargo alguno y sin haber rendido ningún servicio a la

Santa Sede, esa actitud le valió ser preferido a uno de los más ilustres prelados de la corte pontificia.

Los resultados se vieron pronto: no hay más que observar la dureza que empleó contra Francia y la indiferencia que mostró por la expulsión del catolicismo en Inglaterra,² además de su testarudez contra todo.

Siempre desconfiado y siempre dispuesto a negar las gracias que se le solicitaban, inalcanzable para quien pedía audiencia y perpetuamente inerte, durante los trece años de su pontificado dejó languidecer en los cargos públicos y las nunciaturas a todos los prelados nombrados por su predecesor.

2. En 1688, el príncipe protestante Guillermo de Orange invadió Inglaterra y destronó al católico Jacobo II Estuardo, aliado de Luis XIV, lo que determinó el declive del catolicismo en Inglaterra. Francia acusó a Inocencio XI de haber favorecido la empresa. Según documentos descubiertos recientemente, la familia Odescalchi financió en secreto durante muchos años a la de Guillermo de Orange. Véase Monaldi & Sorti, *Imprimatur*, Salamandra, Barcelona, 2004.

Por tanto, es culpa suya que hoy, a causa de su ineptitud, queden en la corte pontificia de Roma tan pocos que merezcan distinguirse.

25.

Conducta seguida por el cardenal Odescalchi
para convertirse primero en cardenal
y después en Papa

El cardenal Odescalchi nació en Como, en el estado de Milán. Sus familiares eran banqueros, y lo enviaron a Venecia, Génova y Nápoles para aprender el oficio. Pero más tarde prefirió convertirse en soldado y llegó hasta el grado de capitán.

En aquella época todo el mundo sabía del crédito y favor que el papa Inocencio X dispensaba a doña Olimpia.³ Y el dinero lo podía todo.

3. Olimpia Maidalchini Pamphili (1594-1656) era la cuñada de Inocencio X. La influencia que ejercía sobre el Pontífice, gracias a quien amasó enormes riquezas, levantó gran revuelo.

Eso le bastó a Odescalchi para decidir trasladarse a Roma. Se presentó al cardenal Panzioli, secretario de Estado, con algunas cartas de recomendación. Éste las encontró tan mal escritas y rudas que lo acogió con extrema frialdad. Pero apenas Odescalchi le dijo que pretendía comprar un cargo en la Prelatura,⁴ y que disponía de trescientos mil escudos en letras de cambio, su eminencia Panzioli lo hizo sentar inmediatamente en un cómodo sofá y empezó a tratarlo con exquisita cortesía.

Al cabo de poco, Odescalchi adquirió un protonotariado y más tarde una clericatura de cámara. Se dedicó entonces a cortejar a doña Olimpia y hacerle regalos carísimos, y acabó por encontrar el modo de hacerse un sitio entre sus íntimos.

Vino a saber que el Papa estaba a punto de hacer algunos nombramientos y que el prelado

4. En el siglo XVII los cargos públicos podían comprarse.

Buonvisi,⁵ decano de los Clérigos de Cámara, entraría a formar parte de los cardenales.

Odescalchi decidió entonces conquistar el favor de doña Olimpia con las cartas: durante una partida actuó de manera que le hizo ganar diez mil escudos. La dama fue advertida por uno de sus ayudas de cámara, sentado detrás de Odescalchi, de que su contrincante se había descartado de su mejor juego y había perdido adrede.

Doña Olimpia quedó tan conmovida por aquella galantería que, la víspera de los nombramientos, se acercó a visitar al Papa y lo convenció de que borrara a Buonvisi de la lista de quienes al día siguiente iban a ser nombrados cardenales e incluyera en su lugar a Odescalchi.

Buonvisi, al descubrir que se había preferido a un hombre que pretendía entrar a cualquier coste en las prelaturas, pero que se había presentado en Roma con la espada, vendió su

5. Girolamo Buonvisi (1607-1667), buen amigo de Atto Melani.

cargo y se retiró a Lucca. Regresó a Roma sólo cuando lo llamó el papa Alejandro VII, que primero lo hizo maestro de cámara y más tarde cardenal.

El cardenal Odescalchi fue inmediatamente nombrado legado en Ferrara, donde se comportó como si hubiese renunciado al mundo y los negocios. Después pasó por el episcopado de Novara, del que dimitió para volver a Roma.

De nuevo en la ciudad, en su apartamento recibía sólo a monjes, pero sobre todo al abate Favoriti, que redactaba por él todos los escritos en latín que había que presentar a las congregaciones.

Empezó a hablarse de Odescalchi como un cardenal de gran firmeza, pero sólo por un motivo: dado que no entendía nada de todo lo que firmaba, era incapaz de responder a las objeciones que se le formulaban. Y se quedaba callado.

• • •

26.

Los profesionales de la devoción
y el peligro que conllevan

El ejemplo de Odescalchi demuestra un precepto importantísimo: los profesionales de la devoción son mucho más peligrosos que quienes no ostentan devoción alguna.

27.

Dos reglas de oro en los cónclaves

Por tanto, resumiendo: jamás confiar en los profesionales de la devoción, ni votar a un cardenal que nunca haya tenido encargos importantes fuera de Roma y el Estado Pontificio.

• • •

Observaciones sobre el nepotismo

El poder de los papas, dado que asimismo es temporal, es una especie de gobierno mixto. Se podría discutir hasta el infinito si resulta útil implicar también a los parientes del Papa. Pero es mejor juzgar lo sucedido durante el pontificado de Inocencio XI.

Para distinguirse de sus predecesores, el papa Odescalchi anunció su deseo de abolir el nepotismo, tanto para impedir la disipación de los bienes de la Iglesia como para que los cardenales que protegía fueran independientes de cualquier jefe de facción.

En realidad hizo lo contrario. No dio ningún cargo a su sobrino Livio, pero sólo porque carecía de cualquier talento para el servicio de la Iglesia. Aun así, lo trataba con la misma consideración que a un cardenal patrono, y don Livio se aprovechó. Las generaciones venideras quedarán estupefactas cuando sepan cuántas riquezas acumuló Livio en pocos

años, mientras su tío se mostraba parsimonioso y desinteresado.

Las tierras bonificadas que Livio compró en Italia, el dinero prestado al emperador, los ocho millones de florines ofrecidos a la República de Polonia (¡como si estuviera a disposición del mejor postor!), las cifras perdidas en el juego a pesar de las admoniciones de Inocencio XII y, por último, la oferta de cuatrocientos cuarenta mil florines por el Principado de Albano, demuestran que la fortuna de Livio fue amasada con el patrimonio de San Pedro, no con el de los Odescalchi.⁶

6. Livio Odescalchi (1658-1713), sobrino y único heredero de Inocencio XI, se vanagloriaba de una fortuna valorada en 1,5 millones de escudos, según algunos debida en parte al dinero de la Santa Sede.

Cómo ganar el cónclave aprovechando
las divisiones entre cardenales

El Sagrado Colegio está compuesto por venecianos, florentinos, genoveses, súbditos del Estado de la Iglesia, milaneses y napolitanos, además de los cardenales súbditos de las coronas extranjeras.

Los espíritus y los intereses de todas estas naciones contrastan tanto que, apenas entre en liza un cardenal veneciano o uno florentino, los genoveses —movidos por una envidia natural— harán todo lo que puedan por verlo caer.

Naturalmente, los genoveses deben esperar el mismo tratamiento por parte de venecianos y florentinos, que harán lo posible por devolvérselo.

Corresponde a los embajadores impedir la elección de sujetos poco gratos a su soberano. Deberán fomentar las divisiones y desanimar a quien osa presentarse como candidato sin la

aprobación de su rey, amenazando con un veto manifiesto (¡algo muy humillante!).

Por último, deberán convencer al Sagrado Colegio de que presente en primer lugar a los cardenales no gratos a su soberano y que no han querido retirarse: de este modo harán recaer sobre éstos un veto manifiesto, tras el que no podrán volver a presentarse. Eliminados éstos, quedará la vía libre para aquellos a los que se pretende favorecer.

La sucesión de vetos manifiestos provoca siempre escándalo y crea numerosas enemistades; pero, como ya he mencionado, hoy en día es imposible seleccionar un Papa sin imponer antes numerosos vetos.

30.

La volubilidad provoca
que se pierda el cónclave

Nunca es bueno tener que imponer un veto manifiesto a la elección de un cardenal, pero aún

más dañino es retractarse. Dicho comportamiento mina la propia credibilidad en la corte pontificia y suscita antipatías.

31.

De cómo se elegían los papas antaño,
y de los errores del cardenal Borghese

Jamás hay que apostararlo todo a un solo candidato: se acaba por ofender a los otros candidatos de la misma facción, con el resultado de que éstos votarán por otro.

Apenas fallecido Pablo V,⁷ el cardenal Borghese, su sobrino, entró en el cónclave convencido de contar con cincuenta y tres protegidos suyos. Pretendía convertir en Papa al cardenal Campora al día siguiente mismo, y además por aclamación. Cuál no sería su sorpresa, pues, al comprobar que la mayoría de los cardenales con que contaba lo había abandonado.

7. Camillo Borghese, Pontífice de 1605 a 1621.

Sus amigos más íntimos le hicieron comprender cuánto había errado al apostar todo por Campora, descuidando a otros cardenales de grandes méritos que formaban parte de su propia facción.

Así pues, Borghese se vio obligado a cambiar de candidato y apoyar, a disgusto, al cardenal Alessandro Ludovisi, que fue elegido y tomó el nombre de Gregorio XV.⁸

Fue precisamente este Papa el que, al cabo de poco, ordenó que a partir de entonces las elecciones de los pontífices tuvieran lugar mediante sufragio secreto, y los votos se recontaran cuidadosamente en los escrutinios.

8. Alessandro Ludovisi, Pontífice de 1621 a 1623.

*El cardenal Barberini incurre
en el mismo error del cardenal Borghese*

El cardenal Francesco Barberini, sobrino de Urbano VIII,⁹ no fue más sabio que el cardenal Borghese, aun conociendo bien su caso.

Barberini disponía de un buen número de protegidos, aún más numeroso que los de su tío.

Por tanto, se le metió en la cabeza llevar al pontificado al cardenal Giulio Sacchetti, que en efecto era uno de los mejores componentes del Sagrado Colegio.

Los cardenales nombrados por el Papa recién fallecido, en señal de gratitud hacia su benefactor y por respeto a la costumbre, tendrían que haber votado según los deseos del sobrino, es decir, del cardenal Barberini. En cambio, casi la mitad de ellos lo abandonó y se unió al cardenal de los Médicis, enemigo

9. Maffeo Barberini, Pontífice de 1623 a 1644.

de Sacchetti, quien por dicha razón no resultó elegido.

Por este motivo los jefes de facción más sabios y astutos jamás se fijan un solo candidato. Incluso buscan al principio candidatos en las otras facciones, para después hacerlos caer y atraer los votos sobre sus auténticos candidatos.

33.

De la elección de los preladados adecuados y de las maneras de servirlos

El cónclave empieza mucho antes de la muerte del Papa: empieza con la conquista de las simpatías de los preladados.

No es importante aliarse con muchos preladados: basta con dirigirse a los que tienen más méritos, honestidad y reputación.

Si son pobres, conviene proporcionarles una pensión secreta, para ayudarlos a sufragar sus gastos. Si no lo son, puede mostrarse un re-

conocimiento concreto con un retrato del rey, un anillo o cualquier otro regalo.

A pesar de que los embajadores franceses consideran un malgasto absoluto las pensiones secretas, en el pasado generosamente donadas por Francia para obtener los favores de la corte pontificia,¹⁰ en este caso resultan absolutamente necesarias.

Además, cuando los prelados son recibidos por el embajador, conviene poner atención en no hacerlos languidecer en la antecámara a la espera de recibir audiencia.

10. En realidad era el Rey quien concedía o retiraba las pensiones. Y Luis XIV, con el apoyo de Colbert, había reducido drásticamente las pensiones secretas. Por lo tanto, Atto Melani está lanzando aquí un reproche indirecto al Rey Sol.

Advertencia importantísima
para los embajadores en Roma

Una vez ganado un prelado para la propia causa, supondría un grave error pretender controlar sus acciones, o exigir demostraciones públicas de fidelidad. De ese modo no se le ayudará en lo más mínimo a avanzar hacia cargos más elevados. Al contrario, se acabará por provocar su caída en desgracia, o por arrebatarle cualquier posibilidad de resultar útil.

El favor más grande que se le puede hacer a un prelado no es recomendarlo abiertamente al Sumo Pontífice para que le proporcione un encargo relevante. Es mucho mejor hablarle bien de él al Papa en cada ocasión, alabando su independencia y sin pedir nada.

Delante del Papa conviene escoger el tono más sumiso y al poco desviar la conversación hacia los prelados que componen la corte pontificia. Una vez entrados en el tema, el embajador podrá insinuar que al soberano le ha

complacido saber que en el pontificado de Su Santidad se hallan tantos preladados de tan alta distinción, y que entre todos ellos, el rey ha nombrado alguno a quien daría gustoso pruebas de su estima. Si se hace de ese modo, la recomendación resultará muy grata al Papa y comportará muchos frutos.

35.

Método infalible para obtener gracias del Papa

Es un error hacer que el embajador en Roma solicite una gracia del Papa. Se daría la impresión de que la petición no es tan importante para el soberano. Y además, en caso de fracasar, el embajador se arriesga a convertirse en chivo expiatorio, tanto en Roma como en la corte que lo ha enviado.

Para obtener las más importantes gracias del Papa, y si se desea que las conceda de buen grado, el medio más seguro y preferido será siempre el nuncio de Su Santidad en la corte.

El soberano deberá dirigirse a él personalmente, de manera que el nuncio pueda referir al Papa que el Rey en persona muestra por la cuestión el máximo interés.

Cuando el Santo Padre sepa que la petición proviene directamente del soberano, sentirá un inmenso placer.

El embajador puede intervenir en una segunda fase, para insistir.

Si se sigue este consejo, el embajador en Roma podrá exponer al Sumo Pontífice hasta las quejas y peticiones más incómodas.

36.

Conducta del embajador que desee resultar grato al Papa y hacerse respetar por sus ministros

A los papas les complace sobre todo que no los molesten. El embajador que desee resultarles grato, y de paso conquistar la estima de toda la corte pontificia, deberá impedir a sus hombres que se abandonen a los desórdenes o abusen de

su autoridad y su nombre para defraudar en las aduanas. Vigilará además que sean puntuales en saldar sus deudas.

Esta conducta será apreciada no sólo por el Papa sino por toda Roma, y le procurará el aplauso y la bendición del pueblo entero. Sucede a menudo que el pueblo romano se lamenta por la partida de los embajadores del rey católico de España; y no por afecto, sino porque con los embajadores también se va de Roma el dinero que los españoles le deben a los romanos.

El embajador debe evitar siempre tratar con desprecio a los enemigos, y tiene que aludir siempre con gran moderación a la grandeza y poder de su rey. De esta manera volverá inocuos sus celos y envidia.

Cuando empieza una controversia entre un embajador y la corte pontificia, conviene que todos los demás embajadores empleen sus buenos oficios para encontrar una solución.

Jamás hay que alinearse con los ministros del Papa, que son maestros en sembrar cizaña.

Lo que más disgusta a la corte pontificia

Nada aleja más a la corte pontificia que sentirse despreciada.

En los últimos tiempos, Francia ha pretendido que para cualquier asunto la Santa Sede se dirigiera sólo a sus embajadores en Roma. Pero cada nuevo embajador ha anulado todos los acuerdos alcanzados por su predecesor, y ha obligado a los ministros del Papa a modificar todos los convenios ya establecidos.

Se hace esperar a los representantes del Sumo Pontífice en la antecámara durante horas y horas, sólo para ejercer sobre ellos la misma autoridad que los embajadores del rey de España pretenden tener sobre napolitanos y milaneses; sin entender, sin embargo, que los romanos son prelados independientes, no súbditos como aquéllos.

Antaño, en Francia se ponía cuidado en tener en Roma el mayor número posible de amigos y protegidos. Se donaban generosas

pensiones secretas y se intentaba ayudar a los prelados italianos ligados a Francia como si fueran súbditos de Vuestra Majestad.

Después aquello terminó. Algunos embajadores han llevado su arrogancia hasta el extremo, e incluso se niegan a visitar al auditor y al tesorero de la Cámara Apostólica, que son cargos del máximo rango.

Pero no se comportarían así, de todos modos, si no hubiesen recibido instrucciones precisas de la corte francesa. En la corte, por otro lado, se conocen de sobras las consecuencias de esta política, dado que los auditores y tesoreros de la Cámara Apostólica tienen un papel importantísimo en el gobierno de Roma, y casi siempre se convierten en cardenales.

• • •

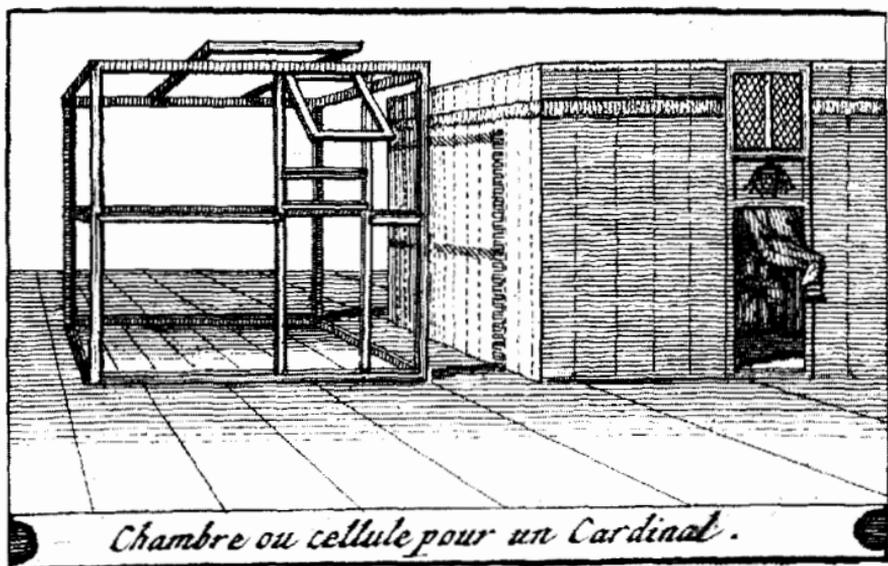
Como reconquistar las simpatías
de la corte pontificia

Por tanto, es evidente que cada soberano, por interés y prudencia, debería intentar granjearse amigos y protegidos dentro de la corte pontificia.

Pero eso, por sí solo, no basta. Si Francia pretende recuperar el crédito y la estima de que gozaba antaño en Roma, no puede descargar todo el peso sobre las espaldas de sus embajadores. Éstos, entre otras cosas, si son sometidos a presiones, abusan con facilidad de su poder.

Así pues, de las relaciones con la corte pontificia de Roma tendría que ocuparse directamente quien tiene el honor de poder dirigirse personalmente al Rey. Personas desinteresadas, lúcidas y con más experiencia que los simples embajadores.

Segunda Parte



Chambre ou cellule pour un Cardinal.

Habitación o celda para un cardenal.

39.

Composición del cónclave
en que fue elegido Inocencio XII

Partido del cardenal Altieri: 27 cardenales

Partido del cardenal Chigi: 36 cardenales

Aliados del cardenal Chigi: 5 cardenales

Independientes: 3 cardenales

Papables: 6 cardenales romanos, 5 genoveses,
4 florentinos, 4 napolitanos, 3 venecianos

Sueltos: 4 cardenales

Ausentes: 4 cardenales

Regla universal de los cónclaves:
cuando dos se pelean, se beneficia un tercero

El papa Alejandro VIII Ottoboni murió el 1 de febrero de 1691, tras dieciséis meses y siete días de reinado.

El día 12 de aquel mismo mes, los cardenales se reunieron en cónclave. Salieron tras cinco meses exactos, el 12 de julio, después de elegir al napolitano Pignatelli, arzobispo de Nápoles, que subió al trono con el nombre de Inocencio XII.

No hay que maravillarse de que durante el cónclave el Sagrado Colegio, compuesto entonces por seis facciones distintas, se encontrara dividido en sólo dos partidos: cuando el trono pontificio está vacante, los jefes de las facciones establecen por su cuenta alianzas y tratados, como príncipes que por ambición, celos o cualquier otro motivo se preparan para la guerra.

La Divina Providencia interviene de esta manera como para demostrar que la elección de

los papas no es obra de los hombres sino del Espíritu Santo. Tanto es así que los mismos que en el cónclave pretenden hacerse con la parte del león, a menudo son los primeros en quedarse fuera.

El cónclave estaba dominado por las facciones de Chigi y Altieri,¹¹ dos cardenales que se detestaban a más no poder. Ninguno de los dos salió elegido, ni consiguió convertir en Papa a un candidato de su elección.

Así sucede en los cónclaves cuando a dos adversarios los supera el odio mutuo. Ambos dicen desear la elección de un hombre de bien, capaz de restablecer la paz en la Cristiandad. En realidad, sólo desean ponerse la zancadilla.

11. Se llamaba en realidad Paluzzo Paluzzi degli Albertoni (1623-1698), pero adoptó el apellido de su tío Emilio Altieri, elegido Pontífice con el nombre de Clemente X.

Chigi hace los papas y Altieri los disfruta

A Chigi todo le había ido muy bien en los cónclaves precedentes. Sabía detectar la intriga a cualquier distancia; tenía discernimiento, valor y firmeza: las tres cualidades que debe poseer un buen jefe de facción. Ciertamente, era de una altanería insoportable hasta para sus propios amigos; pero gracias a sus grandes dotes siempre conseguía que se eligieran a los papas que él quería.

Después, evidentemente, intentaba opinar en sus asuntos y obtener favores y beneficios. Pero era inútil: los pontífices suelen ser ingratos con aquellos que los conducen al éxito.

Altieri, en cambio, más cauto y complaciente, obtenía de aquellos mismos pontífices todas las gracias que pedía. Y así en Roma circulaba un dicho: «Chigi hace los papas y Altieri los disfruta.»

• • •

Chigi intenta manipular a Ottoboni...

Precisamente por su odio a Altieri, en el cónclave anterior Chigi había hecho elegir Papa al cardenal Ottoboni, que aquél no habría votado jamás.

En un primer momento Chigi se hizo ilusiones de que Ottoboni lo recompensaría.

En efecto, el Pontífice había hecho dos promesas. La primera: casar a la sobrina de Chigi con un sobrino suyo. La segunda: nombrar cardenal a otro pariente de Chigi.

Pero el papa Ottoboni, que era muy listo, encontró la manera de no mantener ninguna. Mandó que el sobrino que tenía que casarse con la sobrina del cardenal visitara a éste. El joven se presentó y dijo: «Excelencia, siento no tener vocación para el matrimonio, pero os lo suplico: ¡decidle a mi tío el Papa que me haga cardenal!»

¡Imaginad la cólera de Chigi!

Cólera que empeoró cuando reparó en que Altieri acaparaba precisamente los privilegios

que Chigi había esperado para sí: matrimonio de sus sobrinos con los parientes del Papa y nombramientos de cardenales para su familia.

Era para quedarse de piedra.

43.

... pero Ottoboni ríe el último

En materia de cónclaves, sin embargo, a todo se le puede encontrar explicación.

El cardenal Chigi sabía que se había comportado mal dos cónclaves antes, cuando fue elegido Clemente X: había presentado un veto clamoroso contra el cardenal Vidoni, que él mismo había propuesto como candidato, sólo porque sospechaba que tenía acuerdos secretos con Ottoboni.

Cuando después le propusieron otros candidatos, Chigi dio su aprobación, pero sólo a condición de que no se dijera ni una palabra a Ottoboni. Pretendía que el Papa fuera elegido a espaldas de éste, cosa que sucedió.

En Roma, que también es la mejor escuela del mundo para aprender el arte del disimulo, las injurias de esta gravedad no se olvidan fácilmente.

Al final, el cardenal Chigi acabó tan despreciado por Ottoboni y la corte pontificia al completo, que durante mucho tiempo ningún jefe de facción quiso establecer acuerdos con él.

44.

Si las facciones no tienen jefe...

Volvamos pues al cónclave de Inocencio XII.

Tras varias votaciones sin resultado, en el Sagrado Colegio Cardenalicio muchos ya habían expresado su voluntad de elegir a un cardenal de Venecia, y casi todos se habían manifestado a favor del veneciano Delfino. Éste era en efecto una persona de tan rara distinción que su elección empezó a parecer segura. Y seguramente habría sido elegido, de no haber ocurrido un imprevisto: dos años antes, en el momento de

morir, el papa Inocencio XI Odescalchi no había dejado jefe a la cabeza de los cardenales de su facción, los poderosísimos *zelanti*.¹² Y tampoco había sido elegido un jefe desde entonces.

Pues bien, como ya he mencionado, ésta es una de las más graves catástrofes que pueden suceder en un cónclave. Cuando se tienen que pedir los votos a todos los cardenales de una facción, uno a uno, casi siempre la elección acaba frustrada. El motivo es simple: todos los cardenales se creen mejor que el compañero para quien les piden su voto. Si es demasiado joven para ser elegido Papa, o sabe que no posee las cualidades necesarias, no se niega a colaborar en la elección de otro. Incluso da su palabra con sinceridad y sin vacilar. Pero en el momento decisivo siempre dará marcha atrás, y se esforzará

12. *Zelanti* (celosos): facción de tendencia conservadora que sostenía que ninguna consideración mundana debía influir en ellos para la elección del nuevo Papa.

al máximo para que también los otros cambien de idea.

45.

... tampoco Roma tiene Papa

Ésta fue precisamente la triste historia del cardenal Delfino. Todos los jefes de facción, así como los cardenales y los embajadores de las potencias extranjeras, se habían comprometido para elevarlo al trono pontificio. Era querido por todos y su elección parecía inevitable, pues hasta Altieri había acogido con alegría su candidatura a pesar de que era un hombre de confianza de Chigi.

Pero éste pronto iba a volverle la espalda.

Los jefes de facción y los amigos de Delfino estaban convencidos de haber hecho todo lo necesario para obtener también los votos de los cardenales *zelanti*, adscritos al partido de Chigi y de momento, como hemos dicho, sin jefe.

Justo entonces llegó la sorpresa: ¡los *zelanti* se declararon abiertamente contra Delfino! En el siguiente escrutinio otorgaron decenas de votos a otro *zelante*, y después siete votos a otro más.

El artífice del giro radical había sido Chigi. Para justificarse puso como excusa algo que, según él, le había planteado un cardenal francés: dado que todos querían elegir a un veneciano, el rey de Francia lo aceptaba, pero quería a toda costa que fuera Delfino.

Chigi había querido, en definitiva, lanzar una admonición: elegir a los papas es cosa de cardenales, no de reyes.

46.

Buonvisi le dice que no a Chigi...

Tras el embarazoso asunto del cardenal Delfino, nadie osaba exponerse a la furia de los *zelanti*. La rivalidad, además, había obnubilado tanto a Chigi como a Altieri, ambos firmemente convencidos de estar destinados al triunfo.

Por su parte, los *zelanti* seguían proponiendo un hombre virtuoso y desinteresado, capaz de restablecer la paz en Europa: el cardenal Barbarigo, obviamente uno de los suyos.

Sin embargo, también existía la candidatura del cardenal Buonvisi. Si Chigi y Altieri se hubieran unido para hacerlo elegir, el nombramiento habría llegado casi con certeza, visto que la reputación de Buonvisi era altísima también entre los *zelanti*, pese a que estaban sumidos en un caos continuo por carecer de jefe.

Las obligaciones que Buonvisi tenía tanto hacia Chigi como hacia Altieri no le permitían tomar posición. De hecho, había sido maestro de cámara de Chigi, pero era Altieri quien lo había convertido primero en nuncio y después en cardenal.

Chigi le pidió entonces que vetara a Altieri, para cerrarle definitivamente el paso al pontificado. Pero Buonvisi se negó porque no quería ganarse el odio de Altieri.

• • •

47.

... y Chigi se venga,
pero queda como un pelele

Furioso por el rechazo, Chigi intentó mancillar la reputación de Buonvisi ante los cardenales franceses difundiendo el rumor de que había vetado al cardenal Acciaiuoli, apoyado por ellos. Muy al contrario, quien había vetado a Acciaiuoli era el propio Chigi, mientras que el pobre Buonvisi no sabía nada.

Sin dejarse impresionar por aquella calumnia, los cardenales franceses advirtieron a Buonvisi, y así fue como Chigi quedó como un pelele.

48.

Trampa de Chigi a Altieri

A continuación le fueron propuestos cuatro nombres al cardenal Altieri, de los que podía escoger sólo uno.

Para fastidiarlo y ponerlo en una situación embarazosa, los cuatro eran los cardenales Casanate y Marescotti, ambos protegidos de Altieri, y Acciaiuoli y Barbarigo, gratos a Francia, aliada de Altieri.

La maniobra, aconsejada a Chigi por el cardenal Astalli y otros confidentes suyos, buscaba alejar a Altieri de Francia: estaban seguros de que los cardenales franceses preferirían a Acciaiuoli y Barbarigo, mientras que Altieri querría uno de sus dos protegidos, Casanate o Marescotti.

Pero la facción de Altieri renunció tanto a la candidatura de Casanate, por español, como a la de Marescotti, por demasiado joven.

Los franceses querían a Acciaiuoli, pero también él estaba fuera de juego porque lo rechazaban tanto los *zelanti* como la República de Venecia, con la que había tenido serios enfrentamientos, y al final la maniobra, en vez de resolverse con perjuicio para Altieri, acabó fastidiando a Chigi.

A esas alturas, los candidatos eran desbandados sin tregua. Ottoboni propuso a su prote-

gido Panciatichi, pero fue rechazado por los españoles. Se postuló entonces a Altieri, que entre su partido, algunos amigos y los *zelanti* tenía treinta y ocho votos asegurados. España y Austria dieron su asentimiento. Faltaba sólo el beneplácito de Francia y de Chigi. Pero Bouillon lo amenazó veladamente con que, si no daba su apoyo, se iba a ver en graves problemas.

Chigi convocó entonces a los cardenales amigos y anunció que alguien intentaba extorsionarlo con amenazas para que votara a favor de Altieri. El escándalo fue tremendo: en menos de media hora veintiséis cardenales le juraron a Chigi que jamás permitirían la elección de Altieri, que en efecto no resultó elegido.

• • •

*Muerte del cardenal Ginetti,
cuya candidatura no fue sometida a votación
por la timidez de los franceses hacia Altieri*

Ocurrió entonces el trágico asunto del cardenal Ginetti, hasta entonces fuera de juego porque no contaba con el apoyo de Altieri. Ginetti era en realidad amigo suyo, pariente y protegido, e incluso lo había ayudado a convertirse en cardenal. Pero a Altieri no le gustaba sentirse en deuda y además, como hemos visto, había esperado hasta el último momento salir elegido.

Don Livio Odescalchi, sobrino del difunto Inocencio XI, tenía una especial predilección por Ginetti, que había sido nombrado cardenal precisamente por su tío el Papa. Además, Livio confiaba en casarse con la sobrina de Ginetti, heredera de una renta anual de más de cuarenta mil escudos.

Livio sabía perfectamente que a Altieri le habría encantado vengarse del cardenal Chigi, que había impedido que saliera elegido. Así

pues, hizo saber a Altieri que si apoyaba a Ginetti podría contar con quince votos *zelanti*, garantizados por el propio Livio. España, de la que eran súbditos los Odescalchi, no se opondría. También encargó a los cardenales franceses que presionaran por su parte a Altieri.

Esta vez, las condiciones para resolver el cónclave eran más favorables que nunca. El Sagrado Colegio estaba agotado por la duración del mismo, y casi todos los cardenales papables ya no albergaban esperanzas de salir elegidos.

Los cardenales franceses le explicaron a Altieri que no tenía que temer maniobras de los *zelanti*, dado que Livio Odescalchi disponía de quince votos suyos, y también que Francia había recomendado calurosamente a Ginetti.

Pero Altieri se empecinó, alegando que era un error exponer a Ginetti a la intemperancia de los *zelanti* y de Chigi.

El motivo, en realidad, era otro: Altieri quería, sobre todas las cosas, volver a presentarse como candidato en el siguiente cónclave. Pero para hacerlo necesitaba que se eligiera a

un Papa anciano, que durara poco. La elección de Altieri recayó sobre el cardenal Pignatelli que, dada su edad, moriría probablemente antes que Ginetti.

Intimidados por el seco rechazo de Altieri, los cardenales franceses no osaron siquiera proponerle que se intentara una votación. Pero fue un error: con los quince votos *zelanti* y los seis votos de los españoles, la elección de Ginetti habría sido segura.

Así que al final el cardenal Ginetti se vio abandonado precisamente por aquellos en quienes había depositado toda su confianza.

Poco después murió del disgusto.

50.

*El cónclave, exasperado por el cansancio
y por los excesivos vetos*

Tras cinco meses de peleas, emboscadas y vetos cruzados, el cónclave estaba exhausto y exasperado. Cada día se producía un nuevo sobresalto:

Altieri vetaba a Acciaiuoli por considerarlo demasiado ligado a Chigi; Austria y Venecia lo vetaban también, pero por ser demasiado amigo de Francia; Ottoboni vetaba a Barbarigo por excesivamente modesto y austero; Bichi a Marescotti por intereses familiares, y así mil y una. Tal era la confusión que en el cónclave todos estaban en un estado de agitación permanente, y nadie sabía ya qué hacer. Sólo un hombre nuevo podía resolver la encrucijada.

51.

Observaciones sobre el cardenal Pignatelli,
arzobispo de Nápoles

Pignatelli pertenecía a una de las familias más ilustres de Nápoles, ligada al famoso apellido Monteleone. Sus antepasados habían sido grandes de España, crecidos y educados en Madrid, donde aún residía su hermana. Eso lo convertía en grato para los españoles, mientras que para los franceses suponía un obvio motivo de

exclusión: tras el pontificado de Odescalchi, milanés y por lo tanto súbdito español, para Francia habría supuesto una insensatez aceptar a un napolitano, también leal a España.¹³

52.

Elección de Inocencio XII
tras cinco meses de cónclave

Mientras tanto, los *zelanti* se habían empecinado con Barbarigo y rechazaban a cualquier otro. A Pignatelli lo tildaban de viejo majadero que no sabía tener la boca cerrada, y tan veleidoso que maltrataba hasta a sus amigos. En definitiva, hablaban de él con tanto desprecio que, al final del cónclave, los *zelanti* Colloredo y Negroni tuvieron que suplicar su perdón.

En aquella situación desesperada, Ottoboni se presentó ante Chigi y le suplicó que apoyara

13. Tanto Milán como Nápoles formaban parte del Virreinato español de Italia.

la candidatura de Pignatelli. A fin de cuentas, Chigi ya había declarado abiertamente no tener nada contra su compañero napolitano.

Pero ahora vaciló. Pignatelli, nacido en Nápoles, era súbdito español: ¿lo votarían los cardenales franceses?, receló. ¿Por qué habrían de preferirlo al veneciano Barbarigo, que aún seguía en liza? Por toda respuesta, Ottoboni le dijo que tenía la palabra no sólo de los franceses, sino también de los españoles.

La votación quedó fijada para las seis de la tarde del 11 de julio, hora italiana. Los riesgos no eran pocos: entre los *zelanti*, que como de costumbre no acababan de ponerse de acuerdo entre ellos, algunos seguían repitiendo que Pignatelli valía, como máximo, para obispo, no para regir la suerte de la Iglesia Universal.

Para reencontrar la unanimidad, los *zelanti* se dirigieron uno a uno al cardenal Colloredo, penitenciario mayor,¹⁴ como si fueran a confe-

14. Cardenal al cargo del examen en los casos de conciencia.

sarle el más terrible de los secretos. Cada cardenal reveló a Colloredo su propia preferencia, y prometió que en el cónclave votaría al candidato elegido por la mayoría de los *zelanti*.

El penitenciario Colloredo en realidad quería votar por Barbarigo. Pero una vez hechas las cuentas, tuvo que resignarse y admitió que la mayoría de los *zelanti* estaba a favor de Pignatelli. Para dar prueba de su sinceridad, anunció que él mismo iba a votarlo.

Finalmente, tras cinco meses de intrigas e incidentes de todo tipo, el cardenal Pignatelli fue elegido Papa con cincuenta y ocho votos en el escrutinio del 12 de julio de 1691, y tomó el nombre de Inocencio XII.

No obstante, siete cardenales votaron por Barbarigo, la única vez que ha ocurrido desde que los papas se eligen mediante el recuento de votos. Cuando ya es seguro que un candidato ha alcanzado la mayoría, se le elige por unanimidad.

• • •

53.

Infelicidad de los cardenales
salidos del cónclave

Casi todos salieron del cónclave trasquilados, excepto Altieri y Ottoboni, que obtuvieron sus ganancias. Altieri, de hecho, consiguió hacer nombrar secretario de Estado al cardenal Spada, amigo suyo y protegido. Los cardenales Albani y Panciatici, ambos protegidos de Ottoboni, lograron respectivamente los cargos de secretario de los Breves Pontificios y data-rio.

54.

El Papa atribuye su elección a un milagro

La elección de Inocencio XII fue tan imprevista que el propio Papa no sabía a quién dar las gracias.

Sólo pudo atribuirle a un milagro.

Los papas del siglo XVII

Pablo V (Camillo Borghese)

1605-1621

Gregorio XV (Alessandro Ludovisi)

1621-1623

Urbano VIII (Maffeo Barberini)

1623-1644

Inocencio X (Giovanni Battista Pamphili)

1644-1655

Alejandro VII (Fabio Chigi)

1655-1667

Clemente IX (Giulio Rospigliosi)

1667-1669

Clemente X (Emilio Altieri)

1670-1676

Inocencio XI (Benedetto Odescalchi)

1676-1689

Alejandro VIII (Pietro Ottoboni)

1689-1691

Inocencio XII (Antonio Pignatelli)

1691-1700

Biografía de Atto Melani (Pistoia, 1626 - París, 1714)

Condenado al olvido por la ignorancia de los modernos, sólo hoy rescatado, Atto Melani fue en su época tocado por la gloria. Pero para conquistarla se vio obligado a ser excepcional en todo.

De familia paupérrima, murió inmensamente rico. Nació toscano, terminó francés. Enamorado de las mujeres, jamás tuvo una. Amigo de los poderosos, fue humillado, calumniado y repudiado. Llegado plebeyo al mundo, fue enterrado con el honor de un escudo de armas noble.

El tercero de siete hijos del campanero de la catedral de Pistoia, fue emasculado a tierna edad para convertirse en un cantante castrato.

Lo consiguió, y de entre los más grandes: su canto, alabado por La Fontaine, se consideraba capaz de curar una picadura de víbora. La reina de Francia no se iba a dormir si no lo oía cantar por lo menos un aria.

El cardenal Mazzarino, que sabía reconocer a los espíritus sutiles, lo inició en las artes del espionaje. Atto aprendió rápido y bien. Visitando las cortes con la excusa de los conciertos, entre un aria y otra pasaba a escondidas mensajes en clave, recogía delaciones y distribuía dossiers cargados de veneno.

Cuando murió Mazzarino, todo parecía perdido para Atto. Pero desaparecido su antiguo padrino, encontró otro en el Rey Sol, más poderoso que nunca.

Con el tiempo se convirtió en consejero y amigo de cardenales, príncipes, soberanos y pontífices. Para complacer a Francia, consiguió que se eligiera Papa a un amigo cardenal de su Pistoia natal. Desde entonces fue la mano oculta del Rey Sol en Roma durante las elecciones papales: nadie conocía mejor que él los trucos y

juegos sucios de los cónclaves. En sus manio-
bras, Atto actuaba de acuerdo con sus herma-
nos: todos castrati y diplomáticos, músicos y
espías (uno de ellos se hizo monje; de vez en
cuando salía de permiso para cantar en los tea-
tros, pero acabó en la cárcel acusado de espio-
naje).

En Pistoia abundaban sátiras cargadas de
ironía por su erre francesa, y de envidia por sus
ricos ropajes y la fortuna que iba acumulando.
Compró una hacienda llamada *Il Batocchio*
(La Tranca): objetivo fácil para los juegos de
palabras obscenos.

Se enamoró de una mujer, pero inútilmen-
te: aun habiendo poseído los medios adecuados,
era Maria Mancini, sobrina de Mazzarino y
primer amor del Rey Sol. Huyeron de París, ella
exiliada y Atto perseguido por sicarios. Volvie-
ron a verse en Roma, cuando ella ya estaba casa-
da con el príncipe Colonna. Más tarde sus
caminos se separaron de nuevo: él otra vez a
Francia, ella a España, huyendo de su marido.
No volvieron a verse. Durante cuarenta años

sólo pudieron escribirse, pero él la amó hasta el fin.

Como todos los buenos espías, sirvió a demasiados patrones. Con frecuencia habló demasiado, y lo pagó caro. Traicionó y fue traicionado, subió los escalones del éxito y más tarde cayó, ganó cientos de batallas y perdió otras tantas. El Rey Sol, que de niño jugaba con Atto y confiaba en él plenamente, lo sorprendió copiando sus cartas y lo mandó al exilio durante tres lustros. También de la Santa Sede le llegaron castigos y amarguras. Fue despreciado, objeto de burlas y difamado. Pero al final consiguió parar los golpes del destino. En la vejez resolvió una controversia diplomática entre Venecia y Lucca, y en reconocimiento los venecianos le concedieron un título nobiliario. El pobre hijo del campanero había cumplido su milagrosa parábola.

Murió, el más longevo entre los castrati de todos los tiempos, con ochenta y ocho años. Fogoso e imparable hasta el último momento, a un paso de la muerte aún planeaba regresar a la

Toscana, a sus posesiones de Pistoia, algunas de las cuales no vio nunca.

Escribió *Los secretos del cónclave* (título original: *Mémoires secrets contenant les événements plus notables des quatre derniers conclaves*; París, Biblioteca del Senado, manuscrito 221) en 1700, en las proximidades del cónclave que elegiría a Clemente XI. Es un manual muy grato, sorprendentemente actual, rico en anécdotas mordaces y anotaciones sobre la corte papal y sus alquimias políticas, además del arte de influir con medios más o menos lícitos en la elección de los papas para al final conducir al éxito al candidato preferido por Francia y el Rey Sol. El manuscrito describe con particular detalle los secretos y las artimañas durante el cónclave del Papa recién fallecido, Inocencio XII, tras el que fue elegido (¿casualidad?) el candidato de Francia.

Casi nadie podía usar tonos tan confidenciales con Luis XIV. Sin embargo, Atto Melani conocía al soberano desde la infancia: el castrato italiano, de hecho, formaba parte del séquito

de la familia real cuando huyó de París tras los tumultos de la Fronda. Compartió el exilio con el rey niño durante casi un año y cantaba para él y su madre todas las noches. Cuando escribió *Los secretos del cónclave*, Atto Melani sabía que podía dirigirse al soberano más poderoso de Europa con la confianza de un viejo amigo.

Sobre la presente edición

Rita Monaldi y Francesco Sorti, a cargo del presente volumen, descubrieron el manuscrito de Melani y ofrecen por primera vez al público una edición sintetizada en el contenido y modernizada en el estilo.

Monaldi y Sorti han publicado las novelas *Imprimatur* y *Secretum*, éxitos de venta traducidos a dieciocho idiomas en cuarenta y tres países, primeros dos títulos de una saga de siete *thrillers* históricos protagonizados por el abate Atto Melani.

El manuscrito de *Los secretos del cónclave* desempeña un papel destacado en la trama de su segunda novela, *Secretum*, que Ediciones Salamandra publicará próximamente.

Índice

Al Rey	7
Primera Parte	9
Segunda Parte	55
Los papas del siglo XVII	79
Biografía de Atto Melani	81
Sobre la presente edición	87

Memoires Secrets
Contenant
Les Evénemens plus notables
Des quatre derniers Conclaves
Avec plusieurs Remarques
Sur
La Cour de Rome.

Memorias secretas que contienen los acontecimientos más notables de los cuatro últimos cónclaves con numerosas observaciones sobre la Corte de Roma.

Escrito en 1700 por el abate Melani, castrato y espía al servicio del Rey Sol, este documento inédito recoge los trucos y estratagemas necesarios para influir con éxito en la elección del Papa. Melani, que conocía al soberano francés desde la infancia, se dirige a él con la confianza de un viejo amigo, y pone a su disposición todos sus conocimientos y experiencia para conseguir que se nombre un Papa favorable a los intereses de Francia. Sus consejos debieron de ser útiles, pues en el siguiente cónclave resultó elegido el cardenal propuesto por los franceses. *Los secretos del cónclave* es un manual sorprendentemente actual, rico en observaciones y jugosas anécdotas sobre la corte papal, sus alquimias políticas y el arte de influir con medios más o menos lícitos en la elección de los papas.

Rita Monaldi y Francesco Sorti, a cargo de la edición del presente volumen, descubrieron el manuscrito de Atto Melani en la Biblioteca del Senado en París y ofrecen por primera vez al público una edición revisada y modernizada. Monaldi y Sorti son autores de las novelas *Imprimatur* y *Secretum* (esta última de próxima publicación en SALAMANDRA), éxitos de venta traducidos a dieciocho idiomas en cuarenta y tres países, y primeros dos títulos de una saga de siete *thrillers* históricos protagonizados por el abate Atto Melani.

9,00€

8478889590
SECRETOS DEL

ISBN 84-7888-959-0



0 788478 889590

 salamandra